

ese tono de tristeza y de pasión que jamás le he conocido? ¿Será el deseo—el deseo que creí haber ahogado—lo que me hace ver tales cosas en esa carta? (*Se sienta realmente fatigado*). No, no es posible. La ultrajo con tales sospechas. ¿No rió sinceramente de mi confesión?... ¡Ah! pues ahora recuerdo; no estaba tan serena como quería aparentar; quedó mortalmente pálida cuando descubri mi secreto; vaciló mucho... se contradijo (*Con un grito de alegría brutal*). ¡Dios mío, si fuera verdad que me ama!... Yo he querido matar el ensueño, y él, como nuevo Lázaro, surge ahora, llenándome de terror y de alegría.

III

(*Anochece. Junto al balcón, abierto de par en par, Gabriela, iluminada por los últimos rayos del sol poniente, que dan reflejos dorados á los vidrios. Está muy pálida, con señales evidentes de insomnio. Delante de ella, en pié, Luciano, que aparenta tranquilidad, pero sin llegar á dominar su impaciencia.*)

G. (*Con dulzura*).—¿Por qué no vino usted anoche?

L. (*Con cierta sorpresa*).—Ya lo dije. No llegó á mi poder la carta en hora oportuna.

G.—¿Y los días anteriores?...

L. (*Desentendiéndose de la pregunta*).—Si yo hubiera sospechado nada más que estaba usted enferma, que no salía usted á ninguna parte... Creí, por el contrario, que la vuelta de su marido de usted la obligaría á reanudar la vida ordinaria.

G.—Sin duda, así debió de ser. Pero mi marido ha vuelto á marcharse. Parece que la sierra tiene en estos días paisajes de otoño que le enamoran... Además, estoy enferma.

L.—¿Me permitirá usted que insista en preguntar la causa?

G.—¿Por qué no decirla, amigo mío? Tan sincera como usted debo ser yo. Así cumple á nuestra amistad. ¿No soy tal vez de carne y hueso como las demás mujeres? ¿Creyó usted que la revelación súbita de un amor, del cual ha podido usted hablarme libremente bajo el disfraz de una intriga novelesca, no habia de impresionarme nada? ¿Acaso puede ser tan rígida la virtud que no dé entrada á la conmiseración? ¡Y usted la ha merecido

como nadie! ¿Qué hubiera sido de usted—de los dos debo decir, pues á mi también me tocaba sufrir mucho—si la pasión hubiese vencido á los buenos propósitos? No puedo menos de horrorizarme, porque le conozco á usted y tengo bien explorado ese fondo de pasión, de arrebató, de desesperación romántica, que no han podido curar, ni la reflexión de los años, ni la medicina de las lecturas. Afortunadamente, venció lo que más convenia que venciése; pero ¿y lo ya sufrido? ¿Es que no deja huella en el alma?... La confesión de la otra noche no estaba tampoco exenta de peligros. Permitame usted que le riña; será la última vez. Al quitar todo elemento de misterio y de duda en nuestras relaciones, quiso usted matar toda posibilidad de ilusión; pero, ¿no era de temer que muriese con ella la amistad misma? Sin quererlo, pudo usted haber echado un mar de hielo entre ambos. La revelación de cosas tales deja tan penosa impresión en el ánimo, que las más de las veces, créame, antes enfría y embaraza que da serenidad. Al fin y al cabo (*sonriendo*), fué una declaración (pretérita si usted quiere) lo que usted hizo, y sabido es que, en cualquier forma, basta una declaración

para cambiar totalmente el carácter de las relaciones entre dos personas que antes se hayan tratado en pura amistad. Yo no sé qué vergüenza ó pudor les sobrecoge. Diríase que es el remordimiento de una falta, como opinan esos filósofos pesimistas que usted lee. Por lo que toca á usted mismo, temi seriamente que el efecto producido fuese el de un encogimiento rápido en su amistad. La suspensión de las visitas, ¿no me autorizaba á creerlo así?

L. (*Ha seguido con gran interés las explicaciones de G., desconcertado un poco con el tono vario y las contradicciones reales que en ellas se manifiestan*).—Veo que soy yo siempre quien obra mal.

G.—No ponga usted ironía alguna en sus palabras. Y para no enzarzarnos en discusión que Dios sabe á dónde nos llevaría, volvamos á nuestro tono de siempre y permitame usted que averigüe la temperatura actual de nuestras relaciones. Siéntese usted ahí, á mi lado. El sol va á ocultarse. Es la hora de las melancolias y de las confesiones, del *Angelus* y del reposo en el círculo de la familia. Vuelva usted á ser mi amigo de siempre por un momento, y hábleme de lo que más debe ahora sonar en su alma; lo que le diría usted á su madre,

si la tuviese al lado y apoyase en su hombro esa cabeza de soñador...

L. (*Mirándola muy fijamente y aumentando por momentos en palidez*).— ¿Qué cosa es la que yo diría á mi madre, la que debo decir á usted?

G.—Las ilusiones, las esperanzas de ese amor nuevo; el idilio soñado y futuro de la casa propia y de la familia. ¿No es eso lo que ahora domina en usted? Y cuando se sienten esas cosas, ¿no arrastra el deseo de decírlas á un buen amigo que las comprenda, que quizá las ha sentido también, hace tiempo?... ¿No dice usted nada?... Tal vez no se da usted cuenta, amigo mío, del cambio trascendental que va á sufrir su vida. Mil veces me ha dicho usted lo grato que es confiar todo lo íntimo en un corazón amigo. ¡Cuán superior no le es, siempre, el de la mujer propia, á quien se hace compañera de por vida! Entonces toda amistad languidece y decae, si la verdadera intimidad ha brotado entre los esposos.

L.—¿Dice usted eso por la nuestra? No será así. No puede cambiar jamás mi amistad con usted.

G.—Será como digo. No tome usted á mal que destruya sus ilusiones. Siempre

es ingrato el papel, pero su utilidad endulza las amarguras del principio. Será... y debe ser así, Luciano. Aunque su mujer de usted y yo llegásemos á unirnos en gran amistad, ¿no sabe usted que el verdadero amor tiene sus legítimas ambiciones y aún sus celos? Hasta hoy, he podido yo ser su confidente. El día que usted se case, lo será ella.

L.—No discutamos. *Debe* serlo y no le negaré su derecho. Pero, ¿excluye la una cosa á la otra? ¿No sucede, por el contrario, que así como hay cosas que jamás se dicen á una madre, las hay que jamás se dirían á la esposa, aun en la vida más pura?

G. (*Con ardor, cogiéndose á la idea que acaba de expresar L.*).—Sí, las hay, efectivamente, y aún me aventuraré á decir que la mujer propia es sospechosa en el consejo. Tiene en contra suya el prejuicio del amor, que, si es vehemente, ciega; y ¿cómo un ciego podría servir de guía en la vida? Sirve el amor de consuelo, de sostén, de alegría y ánimo; pero no es tan buen Mentor como la razón deseada. Para estos casos, una amistad leal suele ser el refugio. Ella puede, con cierta imparcialidad, con apreciación serena de

los hechos, menos indulgente que la del amor, advertir los peligros y detener las vanidades.

L.—¿Y pretende usted que renuncie á ese tesoro, que ha sido mi dicha durante tres años?

G.—No pretendo nada. Sólo pienso que será usted, quizá, quien me olvide... ¡No proteste usted!... Quiero creer que no, y doy por demostrada la hipótesis de fidelidad; y confiando en ella, pregunto: ¿me dirá usted esas cosas que no pueda decir á su mujer?

L.—Sí, siempre, como hasta hoy.

G.—Recuerdo ahora en tropel las muchas amistades que he perdido en este mundo. (*Con ingenuidad, sin coquetería*). Siempre los muchachos jóvenes, como usted lo era cuando le conocí, han venido á solicitar mis consejos y á poner en mi sus confianzas. ¿Por qué? No puedo adivinarlo. Jamás se dió el caso de que les excediera yo en edad grandemente. ¿Qué sello de experiencia hay en mí? ¿Les engañó tal vez esa fama de cultura y estudio que han esparcido las gentes alrededor de mi nombre?... El hecho es que ninguna de esas amistades fué larga; todos los que venían á mí se apartaban luego, ó enamora-

dos, ó indiferentes. Quizá todos deseaban lo mismo y me encontraban, para madre, demasiado joven, para mujer, demasiado fría. Sólo usted ha sabido callarse el desengaño de la amistad y procurar vencerlo para volver á la amistad misma. Y bien, ¿sabe usted cómo la entiendo yo? ¿Cómo pido que sea de usted para mí? (*Palideciendo mucho y estremeciéndose nerviosamente*). Que yo no puedo amar á usted, es cosa clara. Aunque la ilusión ahogada por usted respirase de nuevo, yo no podría participar de ella. Tampoco la relación de madre á hijo conviene á nuestras circunstancias. Es falsa, pretende sustituir lo insustituible, y además, no está en mi carácter. Algo así intermedio entre la amante y la madre, con toda la intimidad de ésta, sin ninguno de los arrebatos locos de aquélla, es lo que yo he soñado siempre en mis amistades.

L. (*Obedeciendo á una impulsión repentina*).—¡Pero eso es lo que se ha llamado siempre amor platónico!

G.—Paso por ello. ¿Le parece á usted poco?

L.—Poco, ¡qué sé yo! Poco y mucho, según. Cuando nace sólo de la amistad, de cierto sentimiento de protección y ayuda

que estrecha á los hombres en la desgracia, me parece mucho; pero si hay en ello alguna oculta raíz de amor, de verdadero amor, lo tengo por una hipocresía mezquina. La novela de *Rafael* es una mentira sentimental, malsana, perturbadora. Cree resolver moralmente un problema y nada resuelve... Amiga mía, debiéramos todos tener la virtud de las situaciones claras. Usted lo decía la otra noche: se ama ó no se ama, lo cual se convierte á veces, en esto otro: se debe ó no se debe amar. Pues bien, no hay más que estos dos caminos: ó puede más el sentimiento del deber, ó arrastra la pasión; y no negará usted que es buen indicio de esto último el hecho de dejarla ver, si es que no se pretende jugar con ella. Entonces ya no hay, ya no puede haber término medio. Cuando Julia confiesa que ama, es para caer en brazos de su amigo ¡y allí debe quedar siempre!

G. (*Mientras habla L. crece su agitación, la palidez de su cara. Al final hace un gran esfuerzo y se domina un poco.*)— ¿Por qué ha cambiado usted tanto desde la otra noche? Esas teorías, Luciano, son de un radicalismo que se compadece poco con la pureza de las ideas de usted... Pero

sigo la discusión... Al fin y al cabo es un tema como cualquier otro... Convengo. Julia cae en brazos de su amigo. ¿Es ya feliz con esto? ¿Y el abandono futuro, y la desilusión, y el remordimiento?

L.—El abandono, la desilusión vienen sólo cuando es un capricho la causa agente, no cuando es un afecto de adentro; cuando se desea, no cuando se ama. Amar es desear, quizá, pero no es esto sólo: lo ahito siempre es el cuerpo y la parte burda, superficial, del espíritu.

(*Pausa. G. se levanta y queda en pié, casi pegada á L.*)

G. (*Mirándole de hito en hito, en los ojos.*)—¿De modo, que usted no aceptaría una amistad como la que yo tengo por buena?

L.—Según quien la ofreciese.

G.—¡Yo! (*Con decisión.*)

L.—¡Usted!... (*Vacilación. Signos evidentes de lucha interna.*) No. (*Un instante de silencio. L. sale precipitadamente de la estancia.*)

G. (*Dejándose caer en el sillón.*)—¡Oh Dios mío, todavía me ama!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

(Tren. Un departamento de primera. L. asomado á la ventanilla.)

Todavía percibo las luces de Madrid, el resplandor rojizo que envían á las nubes y corona á la ciudad como dosel de fuego... Con el tren que me lleva, huyo de tí, tentación inmensa de mi vida. Pero la inquietud me domina... ¿Es por lo que pierdo ó por el modo de perderlo? ¡Ay, quizá por ambas cosas! Huir el peligro es confesarse inferior á él, y en realidad, ¡cuán inferior le soy!... ¡Engaños del corazón y de la memoria! Todo parecía borrado en ellos, desvanecida hasta la última emoción del cariño soñado, ¡y bastan unas palabras, un sólo momento de debilidad y abandono, para resucitar todo el ensueño! En el fondo, soy un cobarde. La he arras-trado á la confesión para dejarla ahora con el remordimiento de haberla hecho y sin satisfacer el cariño; y yo me entrego á iguales dolores y sufrimientos... ¿Qué consigo, en realidad, con huir? No borro la falta, que cometida está desde el momento

en que llegué á desearla; ni la consumo, dejando siempre en el fondo del alma la hoguera inextinguible de un deseo no satisfecho. ¿No hubiera sido más noble, más fuerte, aceptar la situación, pues á tanto habíamos llegado, y ahogar con el cariño todas las voces extrañas á él, aceptándolo juntos con todos sus riesgos?... El recuerdo de su carta me quema en la frente. *(Coge su bolsa de viaje y la abre.)* Aquí está, testigo impasible de dos flaquezas: la de amor en ella, la de miedo en mí. *(Lee).*

«Estos renglones quiero que sean la prueba más alta de la fe que en usted tengo. Cualquiera que sea el resultado que produzcan, estoy tranquila. Si es verdad que aún me ama usted, digo mal, que no ha dejado de amarme, acepto el hecho y me entrego á él con toda la pasión de mi alma. Yo también amo, Luciano, y lo arrostro todo antes de perder de un golpe el corazón y el pensamiento de usted, que eran míos. Hecha está la confesión, la puerta abierta. ¿Querrá usted mantener su criterio de ayer tarde, cuando censuraba á Lamartine? No sé. ¡Son ustedes los hombres tan raros! Desean lo que no pueden tener y rechazan con frecuencia lo que se les ofrece... Pero no me engaño...

Perdóneme usted. Todo aquel amor que lei en sus ojos, que brotaba en sus palabras, que estalló en su resolución atrevida, no puede ser ficción y humo vano. Palpita sin duda como cuando me lo confesaba usted en sus cartas vehementes, referido á una mujer ideal. Pues bien. Quiero gozar de ese sentimiento hermoso y grande, que no ha de ser mera calentura de los sentidos, sino completa, profunda intimación de los dos seres... Y si me engaño... —¿creerá usted que, á la pena con que me figuro esto, se mezcla el orgullo de decirlo?—si me engaño, sé que perderé al amante, pero que siempre conservaré al caballero... *(Interrumpe la lectura sollozando)*. ¡Oh criatura noble, magnánima! ¡Ahora veo, con claridad que parece venir de lo alto, qué inmenso servicio mi cobardía te procura! El caballero siempre queda y es digno de tí; sufrirá oscuramente, más nunca dejará escapar la clave de tu secreto y el mío... *(Rompe lentamente la carta)*. En cuanto al amante... ¡vale menos que tú y no te mereces!

V

(En casa de Gabriela. Mucha gente en el salón, formando dos grupos. En el uno, Gabriela y varios caballeros: en el otro, la prima, Fernando y dos señoras.)

La prima.—¿Vendrá esta noche Luciano? *(Dirigiéndose á G.)*

G. *(Estremeciéndose ligeramente)*.—No sé.

La p.—Sentiría que no. Fernando desea mucho verlo. Figúrate que hace diez años no se han visto. Oye, oye lo que cuenta de él.

Fernando. *(Adelantándose con cierta petulancia hasta colocarse á distancia igual de ambos grupos. Habla quitándose y poniéndose continuamente los lentes)*.

—No es historia maravillosa, ni drama grave, sino tan sólo antiguos rasgos nerviosos de mi amigo... Tiene Luciano un fondo de bondad inmensa, un corazón apto para sentir todos los dolores del prójimo, todo el espíritu de fraternidad del Nuevo Testamento. *(Se detiene un momento para ver el efecto de sus frases.)*

Nadie simpatiza como él con la desgracia... Pero le dominan de tal manera los nervios, que no puede verla. Con los mejores deseos del mundo, nunca ha podido cuidar á un enfermo, curar á un herido, visitar á un pobre en su miseria. Dará para ellos hasta el último céntimo de su bolsillo, hasta la última lamentación de su alma sensible; pero no pidan ustedes más. Con esto se acaba su valor; y un hombre fuerte por sus sentimientos, queda convertido en pusilámene merced á estas repugnancias. Cada cual tiene su valor y su cobardía; y él, capaz de jugarse la existencia con gran serenidad ante otro hombre, tiene miedo de morir de un aneurisma por emoción.

G.—Eso parece una denuncia de cobardía en toda regla.

F. (*Inclinándose*).—Nada menos que eso, mi respetable amiga. La cobardía que el mundo censura, y que yo me guardaría bien de descubrir si la hubiese, es lo que podría llamar la cobardía física, externa... en fin, ya me entienden ustedes. La de Luciano—si á eso quiere usted llamar cobardía; yo le llamo desarreglo nervioso, enfermiza sensibilidad—es de otro carácter. ¡Cuántas veces ha faltado

Luciano á la amistad con personas que no entienden de estos perfiles, por no darles un pésame ó ayudarles á cuidar un enfermo! Por ello, sin embargo, yo no me atrevería á llamar cobarde á un hombre...

El marqués. (*Entra precipitadamente, sin cuidarse de que interrumpe al orador*).—¡Noticia estupenda, señores! Luciano acaba de marcharse de Madrid. ¡Nada! Visto y no visto. Sin decir adiós á nadie.

F. (*Con aire de triunfo*).—¿Qué apuesta usted, Gabriela, á que se trata de una nueva sensiblería?

G. (*Perdiendo súbitamente el color y con ira reconcentrada*).—Nada, amigo mío... Pero yo, llamaría á eso una cobardía.